

UNA NACION CONTRA

POR QUÉ PERDIÓ SANTANA L

DESPUES de las victoriosas jornadas tenísticas contra Estados Unidos y la India habíamos advertido ya en estas páginas de TRIUNFO que las posibilidades españolas de ganar la Copa Davis se limitaban al puro milagro.

Se trataba de una lucha desigual entre un país con un millón de jugadores de tenis —que es allí el deporte nacional— y otro con sólo 5.000 prac-

ticantes. Como de la cantidad sale la calidad, Australia podía ofrecer en la «challenge round» un equipo potente y homogéneo, cuya selección, aparte de Roy Emerson y Fred Stolle, le creó no pocas dudas a Harry Hopman, dada la igualdad de valía entre una serie de aspirantes.

España contaba con una soberbia moral, con la ventaja de ser en el pro-

nóstico claramente inferior y, sobre todo..., con la carta excepcional de Manolo Santana, que, sin haber participado ni en Wimbledon ni en Roland Garros, había dado la gran sorpresa al imponerse en el segundo torneo más importante del mundo, el de Forest Hill. Fue el primer triunfo de un europeo en treinta años y, también, el

primer gran éxito de Santana sobre pista de hierba, pues Wimbledon le había negado siempre la gloria, aunque no el reconocimiento del público inglés, captado por la maravilla de la «raqueta luminosa» del español, cuyo tenis imaginativo ha contrastado siempre, favorablemente, con el «tenis-máquina» de los «ases» australianos o estadounidenses.



UN HOMBRE A COPA DAVIS

la batalla perdida

Al margen de la buena clase de José Luis Arilla y de las virtudes que adornan al joven Juan Gisbert, es indudable que las pocas ilusiones españolas se centraban en Manuel Santana. Debía ganar tres puntos, o sea, sus dos individuales y el encuentro de dobles. Para quien sabe no sólo de la calidad

de los australianos, sino de la terrible tensión que un torneo de esta índole provoca, la tarea de Santana era prácticamente superhumana. Sobre el papel era una batalla perdida.

Después de conocer con detalle lo que ha ocurrido en la cancha central del estadio de White City, ¿existe razón para cambiar de criterio? Creemos sinceramente que no. A despe-



Detrás de la derrota sufrida por los españoles en la Copa Davis se encuentra, como factor principal, el cansancio, el resultado del esfuerzo de Santana.

cho de ciertos lances de infortunio, incluido algún error arbitral, el 4-1 final refleja la diferencia que, tenísticamente, existe entre Australia y España.

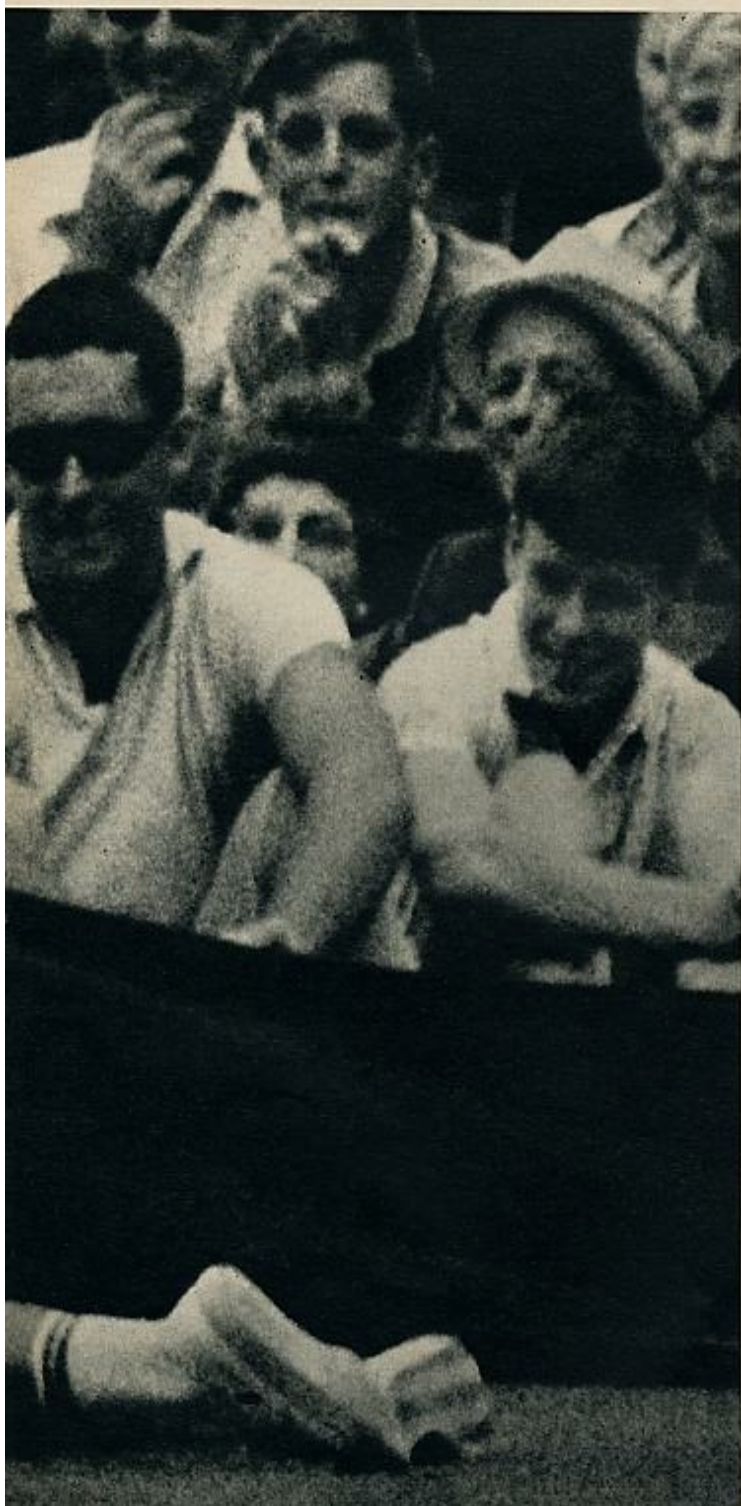
el punto que no debió perder

Sin embargo, es evidente que Santana perdió un precioso punto contra Fred Stolle, que tenía ya en el bolsillo, después de apuntarse los dos primeros «sets». ¿Exceso de confianza? No. Tal vez demasiada responsabilidad —era el primer encuentro de la «finalísima»— y, sobre todo, cansancio. Siendo peor técnico que el español, Stolle posee unas cualidades físicas impresionantes que iban im-

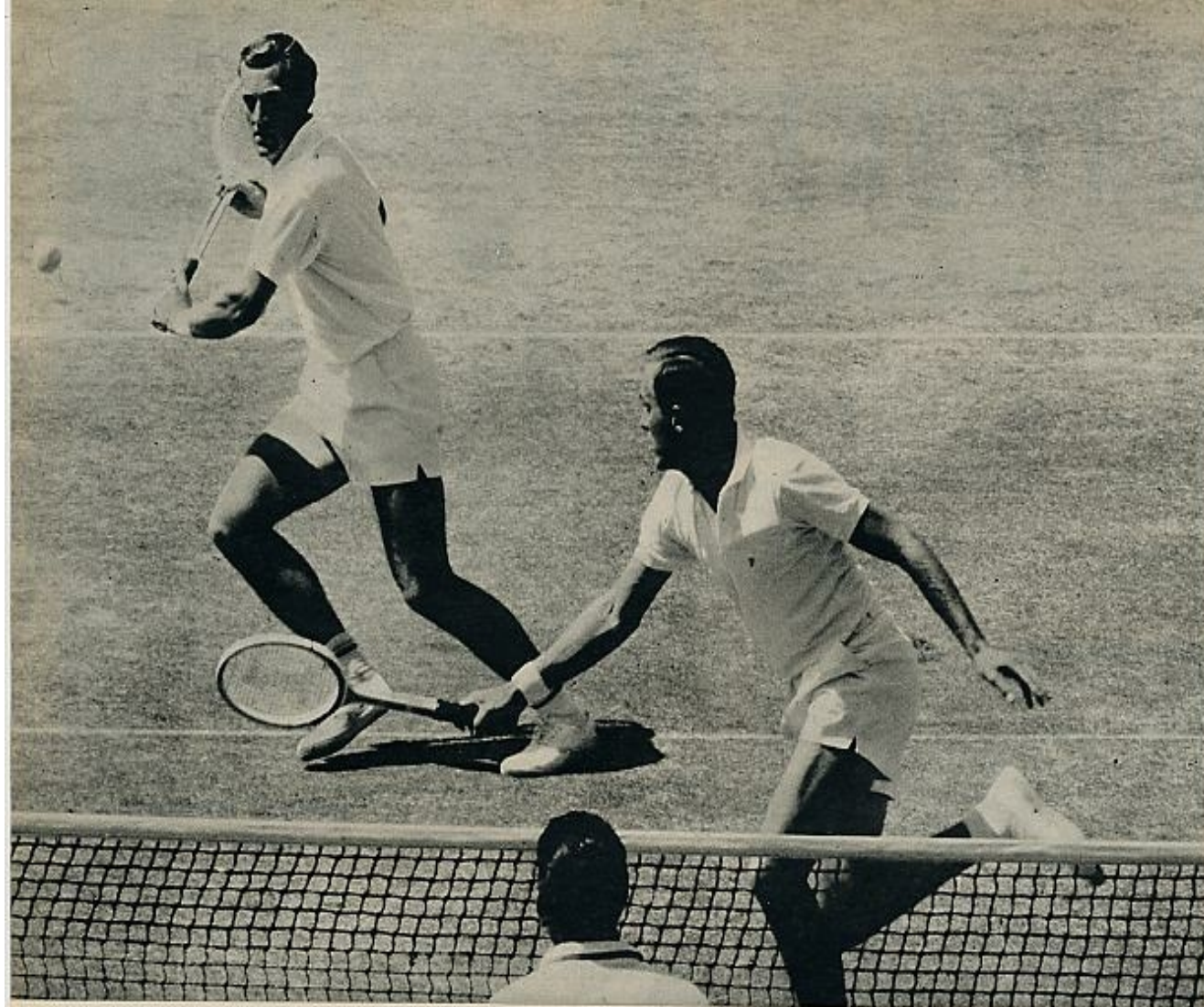
poniendo su ley a medida que el partido, que duró tres horas, iba prolongándose.

Quizá Santana perdió el partido cuando, por falta de concentración —es algo que le ocurre con frecuencia cuando ve las cosas fáciles— dejó que el primer «set», que pudo apuntarse por 6-3, se prolongara ¡13 juegos!, para terminar en 12-10. Ese esfuerzo superfluo le sería fatal.

El análisis técnico del choque demuestra que, contrariamente a lo que pueda pensarse, Stolle no lo ganó sólo con su saque. El australiano, en efecto, obtuvo 19 «aces», es decir, 19 tantos con su servicio. Pero cometió ¡doce dobles faltas! Santana consiguió dieciséis «aces» contra sólo cuatro dobles faltas. El español fue muy superior en los «lobs» y en los **SIGUE**



Los dos equipos que compitieron en Sidney, en medio de la expectación mundial: australianos y españoles. Ante ellos la ensaladera, trofeo para el victorioso.



Los españoles perdieron frente a los australianos Newcombe y Roche en el partido de dobles. Las posibilidades de los primeros eran nulas. La victoria de los segundos fue por cuatro «sets». A la derecha, Manuel Santana durante su partido con Roy Emerson. La victoria del español fue rotunda y le sitúa como «la primera raqueta del mundo».

El entusiasmo de los numerosos españoles que llenaban el campo de White City fue indescriptible cuando Manuel Santana venció a Emerson. Rompieron los cordones del sistema de orden e invadieron la cancha bailando y cantando.





Manuel Santana, nuestro «grande» del tenis mundial, abraza a su contrincante Roy Emerson después del partido en el que tan destacadamente venció el español.

«passing-shots» y sólo perdió el partido en la debilidad de sus devoluciones —cuatro contra veinte de su rival—, debilidad que se acusó en los «sets» cuarto y quinto, cuando se hallaba desequilibrado por el agotamiento.

lo que pudo haber pasado

¿Qué hubiera ocurrido de suceder las cosas al revés? ¿La victoria de Santana sobre Stolle hubiese cambiado el curso de los acontecimientos? Si uno se deja llevar del sentido común, hay que contestar que no. La formidable victoria de Santana sobre Emerson, que ha confirmado al madrileño en el puesto número uno del tenis mundial —cosa que un europeo no ha logrado desde los tiempos de Fred Perry, allá por los años treinta— ha impulsado a una serie de elucubraciones excesivamente optimistas.

Nuestras posibilidades en el «doble» eran nulas, y hasta puede admitirse, dentro de los términos de la lógica, que si al comenzar el último día de la competición el marcador hubiese estado 2-1 para Australia, la responsabilidad de Santana para alcanzar el 2-2 tal vez le hubiera impedido lucir el tenis suelto, clarividente y lleno de fantasías que le permitió arrasar a Roy Emerson.

conclusión

Nuestra impresión es que el tenis español ha quedado dignamente en Australia. Pero que no podía, sinceramente, ganar la «ensaladera de plata». Incluso la tradición estaba en contra nuestra. Ningún país ha conquistado la Copa Davis en su primer año c

llegar a la final. Se ha dicho que, en los últimos ocho años, todos los equipos que jugaron en Australia la «challenge round» no habían conseguido apuntarse más que tres «sets». Es un error. Baste recordar que Estados Unidos venció allí en 1958.

No hace falta desmesurar los hechos. Australia sigue siendo la primera potencia tenística del mundo, su triunfo no puede ponerse en tela de juicio. Pensar que Santana podía ganar frente a un rival semejante, tres puntos consecutivos en otras tantas jornadas continuadas de durísima competición era y es exigirle demasiado. Su floja demostración en «dobles» —donde Arilla fue muy superior— no fue más que el reflejo, tal vez subconsciente, de reservar unas energías preciosas para el «choque en la cumbre» contra Emerson.

En definitiva, Santana no ha ganado la Copa Davis —de él dependía todo— porque no puede enfrentarse un hombre a un equipo o a una nación. Esto aparte, el balance no puede ser más satisfactorio para España. Santana ha demostrado ser el número uno indiscutible —en tierra y en hierba—, no habiendo perdido más que un solo partido entre la larga serie oficial que ha disputado. José Luis Arilla ha subido muchos enteros en su cotización mundial —su forma de jugar el doble, con Santana, es todo un espectáculo— y Juan Gisbert, a despecho de sus baches temperamentales, ha probado que puede confiarse en él cuando él mismo tenga confianza en sus ilimitadas posibilidades.

Para terminar: si Santana continúa en la forma de este año que ha terminado, el tenis español puede, en 1966, reeditar las proezas de éste, y quién sabe si mejorarlas.

JUAN JOSE CASTILLO